

Algunas memorias y ciertos reparos en conmemoración de los 15 años del proyecto de Etnografía

Eliana Acosta Márquez*

Con júbilo y alegría me sumo a la conmemoración por los 15 años de existencia del proyecto de Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Y no, no podría ser de otra manera. Un proyecto que, me atrevo a decir, ha transformado el quehacer antropológico de nuestro país y que en su haber ha generado una fuente de trabajo para egresados de antropología y disciplinas afines. Sobre todo ha sido un espacio único de formación de jóvenes investigadores. Entre otras muchas cosas, el proyecto de etnografía ha sido una gran escuela, de la cual tuve la oportunidad única de formar parte entre 2004 y 2009. Al “proyecto”, dicho así, trunco y con cariño, le estoy hondamente agradecida.

Mi ingreso al mismo ocurrió cuando entré como becaria de tesis al equipo de la ciudad de México, coordinado por Teresa Mora. Recuerdo cuando me presenté y conocí por primera vez la Dirección de Etnología y Antropología Social. Quién diría que, años más tarde, ese largo, bello y opaco pasillo del Museo de El Carmen conocería mis pasos para concursar por una plaza de investigación. Poco tiempo después Saúl Millán, quien había sido mi profesor de etnografía de México cuando cursaba la carrera de etnología, me invitó a trabajar como investigadora contratada. Rememoro en especial una de sus célebres frases:

–¿Estás lista para cambiar tu vida?

En efecto, mi vida cambió.

Recuerdo la gran ingenuidad, pero también la capacidad de aprendizaje de entonces; el candor y la avidez por aprender propios de la juventud y que ahora, 10 años después, evoco con ternura. La manera en que entonces se organizaba el proyecto ofrecía una formación doble de carácter teórico y práctico: por una parte estaban los seminarios, en los cuales se debatían las perspectivas y los problemas antropológicos, y a los que concurrían grandes investigadores conacionales y extranjeros, cuyas conferencias y talleres constituían un acontecimiento académico dentro y fuera del INAH; por otra, estaba la práctica etnográfica sustantiva, que demandaba largas temporadas de trabajo de campo. Pienso que, justamente, una de las principales aportaciones del proyecto no sólo ha consistido en poner el acento en la etnografía, sino en propiciar la constitución del conocimiento antropológico a partir de un trabajo de campo intensivo y prolongado.

A la par de los inolvidables seminarios, por un corto periodo en el istmo de Tehuantepec y después en la Sierra Norte de Puebla, aprendí a hacer etnografía. En el camino supe de la importancia de internarse en las comunidades por largos periodos, de generar lazos de confianza y de participar –hasta donde lo permiten–, de su forma de relacionarse y de nombrar al mundo. Supe también que, entre las diversas maneras de hacer etnografía, resulta fundamental forjarse

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (elianaacosta@yahoo.com).



Fiesta de Corpus, San Antonio de la Cal, Toliman, Querétaro

una manera propia de construir conocimiento, lo cual se consigue a base de tropiezos y tentativas, pero también de felices encuentros.

Durante los años que colaboré, la organización y dinámica del proyecto era acentuadamente jerarquizada y dirigida por un círculo destacado de investigadores. Y Saúl Millán, como coordinador del equipo, tenía su propio plan y dirección. Sin embargo, en los márgenes del proyecto y del equipo había la posibilidad de subvertir y, sobre todo, de forjar un pensamiento y quehacer autónomos. Mientras trabajaba, sin ninguna restricción continué con mi formación académica y estudié la maestría y el doctorado en la ENAH, de modo que cuando concursé por una plaza de tiempo completo contaba con la experiencia laboral y la trayectoria académica que demandaba la DEAS.

Sin embargo, desde sus orígenes el proyecto tiene una contradicción inherente: por un lado, la formación de recursos humanos como pocas instancias, aunque por otro sin la capacidad de dar cauce institucional a todos aquellos que nos hemos formado allí. Ciertamente varios hemos obtenido una plaza, pero somos los menos. Tuve la fortuna de ganar la plaza en la DEAS cuando decidí que mi ciclo había terminado en el proyecto. Pienso que en ese feliz encuentro, como pocas

veces en la vida, se dio la conjunción de destino, suerte y voluntad.

El proyecto ofrece una oportunidad única para la formación y la posibilidad de forjarse los medios para ganar una plaza, pero las que se abren de tiempo completo son mínimas y la demanda laboral, cuantiosa; mientras tanto, el rezago laboral entre generaciones se acumula. Por eso, una de las críticas lanzadas al proyecto es que, en lugar de crear fuentes de trabajo con condiciones laborales dignas, apenas ha generado empleos con contadas prestaciones sociales y sin derecho a antigüedad. De esta manera, al INAH y al gobierno en general –porque ésa no es una condición exclusiva del instituto– le ha salido barata la producción científica, pero con un costo social muy alto.

Quisiera pensar que esta conmemoración dará lugar a una suerte de evaluación y balance que permita pensar en una continuidad del proyecto con mejores condiciones laborales para cuantos participan en él. Un proyecto comprometido con los grandes problemas nacionales, sin renunciar a la perspectiva ni la agudeza etnográficas. Con el anhelo de mejores condiciones para el instituto y el país, no me queda más que celebrar estos 15 años y expresar de viva voz: "Larga vida para el proyecto de etnografía".